



Homilía en la fiesta de los cien años del Seminario Mayor San José

Pbro. Andrés J. Magliano

Dios y el Hombre, vol. 7, n. 1, 2023

ISSN 2618-2858

<https://revistas.unlp.edu.ar/DyH/index>

Cátedra libre de pensamiento cristiano – UNLP

Seminario Mayor San José

La Plata, Buenos Aires, Argentina

Homilía en la fiesta de los cien años del Seminario Mayor San José

Homily in the centennial celebration of Seminary Saint Joseph

Pbro. Andrés Joaquín Magliano

andresjmagliano@gmail.com

Rector del Seminario Mayor San José

Resumen

En esta homilía, leída en la misa de la fiesta del centenario del Seminario San José, se intenta rescatar las raíces de las que venimos, cómo se construyó nuestra casa, las personalidades que marcaron época y, de esa manera, mirar el presente y el futuro con renovada esperanza.

Palabras clave: seminario, historia, sacerdocio, san José.

Abstract

In this homily, read during the centennial celebration of the Seminary Saint Joseph, the attempt is made to uncover our roots, to explore how our house was built, and to remember the personalities who marked an era. Through this, we can look towards the present and the future with renewed hope.

Keywords: seminary, history, priesthood, saint Joseph.

Recibido: 09/08/2023

Aceptado: 09/08/2023

Publicado: 12/2023



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional



En este aniversario queremos leer en la historia de nuestro querido Seminario, lo que ha quedado impreso en el “libro de la vida”, según nos decía el Apocalipsis (20, 12). Queremos ver la trama del Reino de Dios en la historia de esta higuera de la que formamos parte, ver sus brotes en tantas estaciones que han pasado. Jesús en el Evangelio nos invita a una mirada sabia sobre nuestra historia (Lc 21, 29-33). Damos gracias por la obra de Dios y queremos aprender de ella para lanzarnos al futuro fundados en la esperanza. Que Jesús se vaya formando nuestros corazones es lo que abre paso a que el Espíritu haga crecer la esperanza y así, dé frutos de amor.

Animados en esperanza, San José querido amigo, miramos nuestra historia protegida por tu sombra.

Ustedes saben que en el Seminario hoy vivimos lo que tal vez sea el número más bajo de seminaristas, la menor cantidad de diócesis, y son muy pocos los que ingresan. Si Jesús nos invita a ver los brotes, lo hace porque antes nos donó la esperanza, y porque en la mirada de fe nos enseña a leer la historia como tiempo de Dios, de un Dios al que no se le han acabado los deseos y el poder de seguir obrando entre nosotros.

Para entender la historia de este “árbol” nos detenemos primero en sus raíces. A la raíz pocas veces se le presta atención porque no se ve, e incluso se la pisa sin saber. Y sin embargo es capaz de convertir en nutriente y fruto hermoso todo lo que la tierra conlleva, incluso cuando eso en un primer momento no sea agradable. La figura de José que nos inspiró intercediendo por nosotros se nos presenta como modelo acabado y nutriente, raíz fecunda que quiere llevarnos de la mano hasta configurarnos con Jesús.

¿Qué encontramos en las raíces? (permítanme que el recorrido sea anecdótico) En los inicios del Seminario encontramos obispos, sacerdotes y laicos que se caracterizaban por la **grandeza de alma**. Un dato curioso al respecto es que, en el año de la fundación, 1922, se encargaron los vitrales que adornan nuestro templo, es decir que arrancaron sabiendo que emprendían algo grande. Planearon desde el principio un enorme edificio. Pero si eso se dio en lo material, tanto más en los corazones.

En una oportunidad Mons. Quarracino nos contaba que siendo seminaristas junto con Eduardo Pironio y otro seminarista, se “repartieron” las virtudes teologales, y entonces cada uno se comprometía a convertirse en apóstol de una de ellas. Antonio se dedicaría a predicar sobre la caridad, Eduardo sobre la esperanza y el tercero sobre la fe. Se sentían llamados a grandes cosas y así se lanzaban a transformar el mundo. No fueron pocos los sacerdotes a quienes se le encomendaban territorios que hoy se asemejan a diócesis enteras. Un exalumno nos contaba que el obispo le daba el cáliz, la patena, el nombramiento y lo enviaba a plantar y hacer crecer la Iglesia en ese paraje. Y luego tocaba arreglárselas, comenzando a celebrar Misa en una casa y así llegar a fundar una parroquia. Esa grandeza de alma estuvo presente en tantos y continúa siendo una llamada para recomenzar una y otra vez.



Con raíces de grandeza, corazón de padre y esposo, dejaste José legado de confianza, fe profunda y valentía.

Como contrapeso de la sabiduría de Dios, como canta el Magnificat, junto con estos espíritus grandes, en las raíces encontramos testimonios de **disponibilidad humilde**, empapada de amor a la Iglesia. Ejemplos como el del padre Agustín Lucchino, a quien se lo envió por quince días para hacer una suplencia en la parroquia de Lourdes y terminó allí por más de sesenta años. Estas experiencias se repetían a menudo, y con ello queremos rendir tributo a tantos párrocos que entregaron su vida nutriendo a sus comunidades. Por otra parte, el Seminario albergó sacerdotes que gastaron su vida en el estudio, la investigación y la enseñanza. A la vez se traslucía detrás de tanta erudición una fe sencilla. El padre Ciliberto era capaz de los razonamientos más agudos, y a la vez rezaba con la medallita como le había enseñado su madre. U otros como el querido padre Ernesto Izurieta que pasó toda su vida sacerdotal mudándose de 24 a 149 como si fuera el mito del eterno retorno (le decíamos). En estos padres a veces encontrábamos modales y modos no siempre bien trabajados, pero también la valentía de estar firmes en su puesto.

La virilidad y la disponibilidad a la Iglesia que a veces parecía que los enterraba, era lo que prevalecía. Recuerdo una conversación que tuvimos con Mons. Luis Selmi por una supuesta injusticia o incomprensión. Lejos de entrar en críticas nos dijo: “*un sacerdote debe ser un hombre de oración y de cruz*”, a modo de síntesis de lo que había comprendido en su vida. En este capítulo de la esperanza humilde entra también la presencia de las hermanas en nuestra casa, la especialísima vinculación con el Hospital de Niños, el aporte inestimable de las parroquias y los párrocos, los movimientos y grupos. Tantas personas que nos sostuvieron con su oración y entrega. Nuestras familias, que fueron el suelo vital y los primeros sembradores. La diócesis entonces era inmensa y sólo Dios sabe hasta donde llegó la influencia de la entrega de tantos. Gracias a ellos hoy nosotros estamos aquí.

La humildad disponible te describe con justeza. Enséñanos, José, el amor a Jesús y a su Madre, del que sacabas la fuerza.

El carácter diocesano del seminario siempre quiso nutrirse de sus raíces. Una de las características del sacerdote diocesano es que no se encasilla en una opción o un carisma, sino que busca ser instrumento de la respuesta que el Espíritu quiere dar en cada momento a las necesidades de la historia. En ese sentido se instaló la espiritualidad de San Francisco de Sales con su carácter sanante y esperanzador. El Seminario San José surgía también como una alternativa al de Villa Devoto, entonces regentado por los jesuitas. Tantísimos en estos años nos contaron del padre Elgar, que tuvo la iniciativa de inculcar la espiritualidad salesa, donde luego surgió el grupo de los salesos, a los que pertenecían entre otros Mons. Pironio y Mons. Primatesta, que también marcaron una época.



La llamada a la santidad debía llegar a todos los ambientes como enseñaba La Introducción a la vida devota, y el camino de la interioridad era el principio del verdadero cambio. Sólo Dios sabe la influencia que tuvieron y tienen los directores espirituales en el Seminario y en la Iglesia. Como respuesta al momento surgieron también de aquí movimientos que aportaron tanto en lo litúrgico como en intentos de acompañar los cambios y conflictos que la sociedad vivía. Pensemos en estos dos campos la figura de Mons. Rau. O en el padre Pascual Ruperto, un cura de barrio que encarnó un compromiso de amor a Dios y sensibilidad social digno de estudiar. Hubo un redescubrimiento de la vida sacramental: Mons. Trotta inventó una materia, Moral Sacramental, que no existía en ningún lugar, y que según parece quería marcar de una manera concreta que el sacerdote diocesano se santifica en su ministerio. Enseñaba Mons. Trotta que al final del día el olor del crisma debía impregnar la vida y el corazón del sacerdote. La pastoral familiar fue la prioridad para varios de sus exalumnos.

Sin duda que hubo momentos en que parecía haber un desfase entre lo que se vivía dentro y fuera del Seminario. Pero la búsqueda de ser respuesta del Espíritu volvía, y la sabiduría invitaba a no ir según la moda del momento sino siguiendo la llamada de Dios. A este respecto varios padres mayores nos contaban cómo los había ayudado el padre Armando Levoratti cuando durante el Concilio Vaticano II llegaban voces que sembraban confusión, y él aclaraba y mostraba el camino que se quería seguir. Entre estos caminos estaba el devolverle la Biblia al pueblo de Dios, de ahí el nombre que le puso a su traducción, que hoy usamos en el leccionario de la Misa. Otra señal de estos caminos recorridos fue la incorporación de los laicos en la formación sacerdotal, sello distintivo de nuestro Seminario desde muy antigua data. Llegaron a ser profesores personajes como el Dr. José Antonio Balseiro, que enseñaba física. Aquí en nuestro corazón agradecido agregamos la lista de tantos profesores laicos que nos han marcado. Y aunque no siempre estuvo tan presente, como carácter diocesano se cultivó en el Seminario el diálogo como instrumento educativo, buscando ser fruto de un proceso de continua renovación y respuesta a un llamado a educar en la madurez.

José, el Señor quiso en tu casa cobijar a Madre e Hijo, contágnanos tu respuesta a los sueños del tu Padre.

No faltaron falsas dicotomías y muchas discusiones: planteos de cristiandad o la negación del triunfalismo, progresismo y conservadurismo, profesores o pastores, lugar de la piedad popular y pulcritud de la liturgia. Incluso hasta tentaciones de la violencia como respuesta. No faltaron momentos de confusión y oscuridad, y a veces peor, de mediocridad gris que hacía pasar todo por bueno. Momentos de sequía que no mostraban los frutos del corazón grande, humilde y disponible, atento a ser respuesta de Dios en cada momento de la historia. Sin embargo, todo eso no hace sino confirmarnos en la esperanza y encendernos en el amor a la Iglesia, a modo de un arrojito de la fe que ve en la historia. Esas señales que nos guían en el camino a seguir, y que sólo en las raíces Dios puede realizar esas transformaciones. Las tensiones, que nunca faltan en la Iglesia, se



convierten en invitación a volver a lo esencial, y desde ahí recoger con gratitud el testimonio de aquellos que sostuvieron la antorcha.

Desde esa historia agradecida y en este momento de gracia nos toca preguntarnos cómo caminar hacia los 200 años. La grandeza y humildad disponible de María nos sostiene en la esperanza de ser una vez más respuesta de Dios. En una oportunidad San Juan Pablo II decía que “la venganza de Dios son los santos”. Es el canto de esperanza que el Concilio Vaticano II quiso relanzar, y que el Papa Francisco, en sintonía con todos los últimos Papas nos ha dejado como camino fundamental. Al Seminario le toca profundizar en las raíces de santidad que la Iglesia va sembrando, para ser partícipes de la obra del Reino: Reino de la verdad y de la vida, el reino de la santidad y la gracia, el reino de la justicia, el amor y la paz, rezábamos el domingo pasado. Nos toca la valentía de José que se dejó moldear por los sueños de Dios para ser custodio de la presencia de Jesús y María en el mundo. La valentía de afirmar nuestras raíces para que el sol del Amor de Dios pueda seguir sacando frutos de este árbol. Nos toca ser la respuesta que Dios quiere dar hoy, con grandeza y humildad, con disponibilidad y profunda alegría porque nos invita a formar parte del libro de la vida.

Animados en esperanza, San José querido amigo, miramos nuestra historia protegida por tu sombra.

Con raíces de grandeza, corazón de padre y esposo, dejaste José legado de confianza, fe profunda y valentía.

La humildad disponible te describe con justeza, enséñanos el amor a Jesús y a su Madre, del que sacabas la fuerza.

El Señor quiso en tu casa cobijar a Madre e Hijo, contágnanos tu respuesta a los sueños del tu Padre.

Te enterraste como trigo, con frutos de vida eterna, hoy San José te pedimos, nos sostengas en la siembra.